Crónicas pandémicas

TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN
Escuela IDAES | UNSAM

Comisión 4 (Turno Noche)
Docente: Luciana Strauss. Adscripta: Carla Coletta

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la "nueva normalidad" despierta, lxs docentes del Taller de *Escritura y Argumentac*ión, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el quinto número de Crónicas pandémicas coordinado por Luciana Strauss y Carla Coletta.

CRÓNICAS PANDÉMICAS

Luciana Strauss Y Carla Coletta (Ed.)
Mariana Alejandra Araujo
Bethiana Da Silva
Elías Dimilito
Federico Duarte
Estefanía Duarte
Delfina Estrada
Leonardo Javier Giaimo
Pedro Gómez Carrillo

© 2021, de cada autor por su texto.
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

ÍNDICE

Prólogo por Luciana Strauss y Carla Coletta
El tiempo suspendido de Delfina Estrada
La intrusa de Pedro Gómez Carrillo
Recuerdos de la vida obrera de Elías Dimilito
Etnoderivas del barrio Independencia de Mariana Alejandra Araujo
Dónde están las correas de Federico Duarte
Encuentros cercanos del tercer tipo de Estefanía Duarte
Un pibito en cuarentena de Leonardo Javier Giaimo
Historias de viaje de Bethiana Da Silva

PRÓLOGO

Por Luciana Strauss y Carla Coletta

Segundo año de pandemia. Otra vez cursada virtual del Taller de Escritura y Argumentación. Inauguradas en 2020, cuando aprendíamos a usar el zoom, el aula virtual y las correcciones con google doc, las crónicas pandémicas fueron una invitación a escribir una literatura de la vida social y de la cotidianeidad en un momento histórico de excepcionalidad. Se trataba de que lxs estudiantes, con las emociones a flor de piel, se animaran a escribir sobre aquello que llamamos la "nueva normalidad", aprovechando el contexto de incertidumbre para entrenar la mirada. Insistimos siempre, en la importancia de narrar desde los sentidos, movilizarlos para captar situaciones, escenas, imágenes que aludan a una problemática social, para detenerse en esos detalles que hablen del todo.

En 2021, la pandemia, dejó de ser un fenómeno excepcional. Posiblemente, nos estemos acostumbrando a esta "nueva normalidad". Y es por eso que corremos el riesgo de que nuestras alertas sensoriales —aquellas que nos hacían, en términos de Caparrós, cazadores del tiempo presente— se apaguen. ¿Cómo mirar una pandemia en su segundo año y con final incierto? ¿Cómo reencontrarse con las sensaciones de extrañamiento que nos generó en un comienzo? ¿Cómo volver a sentir la pandemia desde el cuerpo? ¿Es posible? Ese fue nuestro desafío. Percibir, interrogar, trastocar esa normalización de nuestra cotidianeidad, que nos acostumbró a diferentes encierros, y nos dejó muchas horas frente a la pantalla. En un ejercicio de reflexividad constante, nuestrxs estudiantes se entregaron al aprendizaje de narrar lo social, desde el cuerpo, desde sus emociones, pero sin abandonar el pensamiento. Porque escribir es sentir y pensar, darle lugar a la incertidumbre, saltar al vacío. Lxs invitamos entonces a recorrer estos ocho relatos que narran viajes, escenas, historias mínimas; algunas pandémicas, otras no tanto.

Delfina Estrada en El tiempo suspendido retrata, a modo de aguafuerte de río, una tarde en la costa de Vicente López, cuando la naturaleza y las personas configuran un clima inquietante, antes del toque de queda. Pablo Gómez Carrillo en La intrusa cuenta cómo la aparición de una chica que duerme en la puerta de un edificio de Palermo produce altercados entre personas del barrio. Elías Dimilito en Recuerdos de la vida obrera observa y narra con detalle las rutinas de las personas que habitan un barrio obrero de Villa Martelli, cuando un suceso de inseguridad desata la discusión entre vecinxs y transeúntes en una zona controlada por narcotraficantes. Mariana Alejandra Araujo en Etno-derivas del barrio Independencia se sumerge y describe con ojo de etnógrafa la vida cotidiana en contexto de pandemia en el barrio Independencia de José León Suárez. Federico Duarte en Dónde están las correas se detiene en las conversaciones de vecinxs de un barrio, entre los ladridos de los perros y un nuevo anuncio de las restricciones a la circulación. Estefanía Duarte en Encuentros cercanos del tercer tipo nos invita a percibir la tensión que produce el cruce entre dos perros que pasean con sus dueños por Vila Lynch. Leonardo Javier Giaimo en Un pibito en cuarentena cuenta las peripecias de un niño que juega al superhéroe en un balcón de Villa Urquiza. Bethiana Da Silva en Historias de viaje detiene la mirada en el comportamiento, las pequeñas acciones y los vínculos entre pasajerxs en un viaje en tren durante la pandemia.

EL TIEMPO SUSPENDIDO

Por Delfina Estrada

> "Los románticos sintieron el impulso de buscar temas exóticos y de viajar a lugares lejanos. No pudieron darse cuenta de que, si bien lo trascendental debe implicar a lo extraño y no-familiar, no todo lo extraño o no-familiar es trascendental" (Rothko 1947)

En una parte de la costa de Vicente López el camino se cortaba por algún club privado, que anunciaba con un cartel de madera "prohibido el paso". Los alambres de púa se mezclaban con las enredaderas y plantas que parecían yuyos. Crecían en el borde del río con formas garabateadas como firmas o bocetos. El concreto chocaba con el agua y la línea de la orilla se escurría por debajo del alambrado siguiendo su curso indeciso. Los restos de espinas y manchas de aceite marcaban el trazo de los pescadores; sus vistas y escondites en la costa.

Algunas familias pescaban, tenían reposeras y heladeritas; reían, gritaban. Parecía un día de vacaciones en un balneario fantasma. Muchos venían de la ciudad buscando aire para descansar de la pandemia y de sus departamentos. Hacía calor y pesaba la imposibilidad de refrescarse en el río, debían conformarse con solo mirar el paisaje sin tocarlo; y sin tocarse entre ellos. Colocadas en los postes, unas cámaras filmaban, sus lentes se movían de un lado a otro, giraban, como giraría un ojo suelto sin cuerpo. Una patrulla de seguridad pasaba despacio. Los guardias miraban con atención, daban la vuelta y volvían al rato. Había quienes se acariciaban acostados en una lona, o tomaban mate en grupo y no dejaban de hacerlo cuando aparecían los policías. El domingo era día de descanso.

Hacia un costado estaba la ciudad, los edificios se veían pequeños, era difícil adivinar cuál era la General Paz o el Puerto. Verla desde otro lugar hace sentir los bordes. Hacia el frente, mirando a Uruguay, dos barcos pasaban lento, eran grandes y, con la distancia, sus tamaños y su velocidad se aminoraban. Parecían juguetes inofensivos. De repente unos silbidos interrumpían las conversaciones y pensamientos; una familia sacaba peces pequeños y plateados que se movían inquietos en el aire queriendo escapar de su destino.
— Está feo este —decía una mujer y lo devolvía

Otros en cambio se quedaban con los pescados, los depositaban dentro de baldes de plástico con agua. Los chicos se divertían mirándolos, metiendo las manos para agarrarlos, tirándoles migas de pan. Los padres pasaban tiempo con sus hijos, muchos de ellos en silencio por largas horas. Cuando picaba alguno, si era grande, todos se acercaban, pero no sucedía seguido; ese día la marea estaba particularmente rara.

Pablo estaba alejado de todos, dentro del río, quieto. Tenía el pelo corto, negro, la piel oscura, un torso grande desnudo y opaco que resaltaba con el brillo del agua. Una mitad suya se veía, la otra debajo de la panza no estaba, desaparecía en el manto inmenso que, sin el movimiento de las olas, daba la sensación de estar en un espejo. Miraba el

horizonte con la calma de quien se entrega a la espera sin ansias, sabiendo que la suerte no dependía de él. No parecía tener miedo a estar en esa inmensidad amarronada que tapaba lo que había debajo. Seguía parado ahí, aunque estuviera prohibido. Podría lastimarse los pies con un vidrio o quedarse atascado para siempre con las botellas, el barro, y los escombros de las embajadas y las autopistas. Su caña irrumpía la memoria en puntos fijos de esa tarde liminal; en su curva quedaba atrapada la tensión que había entre él y lo que se alejaba hasta borrarse: los aviones, los barcos, los cuerpos. Quería agarrar algo del otro lado del espejo que estuviera vivo y se resista. Su mitad era lo único que entrecortaba el reflejo rosado de las nubes fundidas en un degradé con el azul. Entre el cielo y el agua, había pasajes de colores lilas, grises, celestes vibrantes; todos juntos lograban armar un blanco que, como una pincelada, simulaba ser neblina marcando el horizonte. La perspectiva fluvial era inmensa y él era parte de ella.

La tarde pasaba, el azul se transformaba en un violeta oscuro con acentos de naranja en algunas partes de las nubes. Las puestas de sol tienen fracciones de tiempo desconocidas, la noche podía aparecer en cualquier momento y sorprenderlos. La ribera estaba suspendida; sin viento y sin olas, se escuchaba más nítido los sonidos lejanos, aunque las palabras tuvieran que traspasar las telas de los barbijos y los metros de distancia.

Pablo seguía fijo en el agua, agarrando su caña con las dos manos mojadas, sin moverse, siquiera para rascarse la cabeza; no se daba la vuelta, miraba el horizonte con la calma de quien se entrega a la espera sin ansias, sabiendo que la variación del tiempo no dependía de él. Con el cambio de luz, su figura se fundía con el paisaje. Acontecía un suicidio óptico y nadie se daba cuenta, salvo Moira que lo vigilaba atenta desde la orilla. Se notaba que era joven, tenía puesto una musculosa y un short de jean que le resaltaban el cuerpo, y los rasgos de la cara eran un poco infantiles, aunque por momentos parecía una mujer adulta y con carácter fuerte. Estaba con el celular en la mano simulando prestar atención a la pantalla, pero en realidad estaba al tanto de todo lo que sucedía alrededor. Sentía que tenía que estarlo por la patrulla; a ellos no les gustaba nada que Pablo estuviera metido en el río.

En la costa algunos levantaban sus reposeras y guardaban las cosas en sus autos; un Fiat con tres caniches en el asiento trasero, una Kangoo cargaba parlantes con música que sonaba fuerte, un Renault 12 con el techo atiborrado de bolsos. De los altavoces salía una voz rasposa que, cada cuarto de hora, repetía que el tiempo de permanencia era solo de cuarenta minutos y que tenían que cuidarse todos.

Apareció de nuevo la patrulla y estacionó. Dos policías bajaron. Les dijeron algo a unos chicos que estaban jugando con caracoles y fierros entre los pastizales. Después se acercaron hacia donde estaba Pablo. Le gritaron que debería salir, que era peligroso, que el río estaba contaminado, que no se podía permanecer más de cuarenta minutos. Al no tener respuesta esperaron un rato. Los policías hablaban entre ellos y señalaban el horizonte. Luego, volvieron a la camioneta y activaron la sirena. Alrededor todos hacían como si nada estuviera pasando y continuaban con lo suyo; hasta que se fueron.
—Pablo, salí ya.

— ...
—Es tarde, te pido por favor que salgas, ya me quiero ir.
— ...
—Dale que cierra la carnicería, cierra todo temprano. ¿O me vas a decir que agarraste algo? ¡¡¡Si ni moviste la caña!!!
— ...
—Bueno, me voy a ir a la mierda yo. Me llevo la moto y te dejo en bolas.
En la costa quedaban pocas personas. Por temor a que los agarre el toque de queda se apuraban en salir. De a poco el viento comenzaba a soplar, la ribera dejaba de ser estática, se sentía el río, su olor. Una rata grande corrió rápido entre los cascotes, su cola era larga. Deslizó sigilosa su mensura salvaje en la escollera, se escondió debajo de unas lonas. Más tarde resistirán juntas las crecidas, los reclamos. Cerca, un bagre acostado sobre el cemento apenas se movía, mientras agonizaba hacía un ruido extraño, parecido al de las gaviotas. Su piel gomosa se confundía con el color y las texturas de los restos depositados. Boqueaba, no podía respirar; la boca tenía la forma de un oh silencioso. Parecía querer decir algo.

Pablo salió finalmente del agua y cuando se acercaba a la moto, paró y lo miró un tiempo largo; dijo algo sobre su hermano que estaba en el hospital ¿será que estaba así como ese bagre? El animal se movió hacia un lado, como pudo, le quedaba algo de vida. La mirada de Pablo volvió a aquietarse. Moira lo interrumpió, le dijo que basta ya de estar pensando en Fede, lo conocía y sabía que tenía eso en la cabeza dando vueltas, lo abrazó con la toalla, se quedaron así un rato, con sus brazos le frotaba el cuerpo para secarlo. Acomodó su cabeza en su cuello, con el aliento le daba calor cada vez que hablaba. Lo llevó hacia la moto. Ya tenía todo empacado. Le dio unos últimos mates para que tome algo caliente. Pablo la beso, le dijo algo y volvió hacia donde estaba el bagre; lo agarró, estaba húmedo y resbaloso. Busco sus ojos, los peces no tienen párpados, así que siempre están con la mirada atenta. Se acercó a la orilla y lo tiró lejos. Esperó un rato para ver si flotaba, pero no pasó nada. Su cara cambió; se limpió las manos con la remera, acomodó la mochila, se subió a la moto. Moira, atrás enseguida apoyó la cabeza sobre la espalda de Pablo, mientras lo agarraba fuerte y se fueron. A esa hora el horizonte era una línea de luz apenas visible, ya no estaban los barcos, de noche el río solo se ve por lo que refleja.

LA INTRUSA

Por Pedro Gómez Carrillo

Un oasis de horror en medio de una pandemia de aburrimiento.
—¡Ssssshhhh!— suelta una vecina desde la ventana de su departamento.
—¡No me rompas las pelotas! —le contesta la intrusa desde la vereda.
—¡¡Callaaaateee!!— grita otro vecino desde más arriba.
—¡¡¡Sssssssshhhhhhhhh!!!— agrega un tercero.
—¡Dale, bajá! ¡¡¡Mirá que me la rebanco eh!!! —amenaza la intrusa— ¡¡Cómo rompen las pelotas, loco!!

Desde un segundo piso se ve, al otro lado de la calle, a una piba de veintipico de años. Flaca, estilizada, zapatillas deportivas rotas sin medias, pantalón tres cuartos que le dejan los tobillos al descubierto y sweater a cuadros muy gastado. Se sienta en la entrada de un edificio, entre la pared y un cantero, sobre una manta de lana despeluchada que usa de colchón. Se tapa con un abrigo muy viejo y alguna cosa más.
Un muchacho de campera de jean y gorra con visera camina por la vereda, observa a la piba mientras le pasa por al lado, aminora un poco la marcha y pregunta:
—¿Estás bien...?
—¡No pasa nada acá! —ladra ella sin mirarlo— ¡Seguí caminando!
El otro obedece, vuelve la cabeza rápidamente y acelera el paso.
—¡Me viven jodiendo! —concluye, mientras acomoda la manta debajo suyo para que quede estirada.
Desde otra ventana un tipo la sigue:
—¡Dejá dormir, pendeja!
—¡Qué querés vos, pajero! ¡Todo el día me vigilan, me tienen harta loco! —contesta la intrusa, y agrega, mientras se arremanga:
—¡Y para el que me quiera escuchar también! ¡Hijos de puta!

Marzo del 2021. Van a ser las doce de la noche en Palermo, ya casi lunes. Las hojas del fresno que llegan hasta una ventana del segundo piso se iluminan intermitentemente con luz azul de led, y a través de la copa del árbol aparece un patrullero de la metropolitana que se detiene junto a la vereda en donde está la intrusa. El que maneja se dirige a ella desde dentro del vehículo —no se llega a escuchar lo que dice—, ella se incorpora, da un paso hacia la calle y contesta:
—¡Y si me están jodiendo todo el día, loco! —grita levantando un brazo en dirección al edificio que tiene enfrente, con la palma hacia arriba —¡Quiero que me dejen tranquila!
El oficial le pide que se calme y que baje la voz.
—¡Pero que me vienen a joder a mí, loco!
—No me faltes el respeto, eh— dice el cana asomando unos centímetros la cabeza por la ventanilla.
—¡¡¡No me rompan las pelotas!!! —ruge la intrusa inclinando el torso hacia adelante y agitando los brazos.
—¿Querés que me baje?
—Mirá lo que sos... ¡cagón! ¡¡hijo de puta!!

Se abren al mismo tiempo las dos puertas delanteras del patrullero, bajan el conductor y su compañero: dos policías grandotes, con pistola reglamentaria, macana en la cintura y barbijo quirúrgico. Caminan en dirección a la piba y la rodean.

La intrusa

Son las once de la noche. El cielo está despejado, corre una brisa apenas tibia, se escucha el motor de alguna moto lejana. Un ciclista frena un poco en la esquina de Gorriti y Bustamante antes de pasar en rojo. La intrusa que está instalada desde el día anterior en la entrada de uno de los edificios de la cuadra, el que tiene un pequeño arbol ginkgo al lado de la entrada del garage, se incorpora rápidamente en la vereda y pasa varias veces sus manos por entre su pelo negro y corto, desde la frente hacia la nuca. Da unos pasos para un lado, luego para el otro, siempre mirando hacia abajo. Vuelve a donde estaba sentada, entre la pared del edificio y un cantero tupido de plantas, agarra de entre sus cosas una botellita de plástico. Camina veloz, muy erguida, en dirección a la esquina y se pierde de vista. Regresa unos minutos después murmurando algo entre dientes. Se para en el cordón, inclina la cabeza hacia la calle y con una mano vierte agua de la botellita sobre su nuca, mientras con la otra se refriega el pelo con fuerza. Levanta la cabeza, el agua se desliza por el cuello hacia su espalda, humedeciendo el sweater a cuadros que lleva puesto.
—Porque tengo esto en la cabeza, por eso, ¿no entendés?— dice, apoyando las yemas de los dedos de una mano atrás y por encima de una oreja —¡Tengo algo acá!
Vuelve a su lugar en la entrada del edificio y se acuesta sobre la manta, de costado, dándole la espalda a la calle.
—No lo quiero ver más— se escucha su voz. Voltea hacia el otro lado —¡Sos un asesino! ¡Sabé que sos un asesino loco!
Pasa pedaleando un repartidor de comida con una caja naranja flúor sobre la espalda, vuelve la cabeza por un segundo para observar la escena.
—¡Me la rebanco y no me como una eh! ¡A ese hijo de puta no lo quiero ver más! –entre frase y frase se puede escuchar al viento mover las hojas de los árboles. —¡Me tengo que operar la cabeza, loco! ¡No puedo dormir!... ¿Qué van a hacer ahora, hijos de puta? ¿Qué van a hacer eh?
La intrusa voltea y sigue gritando boca arriba, con la vista fija en el techo.
—¡A mi vieja la mataron! ¡Ese hijo de puta me violó!
Se escucha el primer sonido proveniente del edificio de enfrente, desde una ventana del piso tres.
—¡Ssshhhh!
La intrusa se levanta rápidamente y contesta.
—¡No me rompan las pelotas!
Se van sumando voces desde distintas ventanas. Llega la policía.
—Mirá lo que sos... ¡cagón! ¡hijo de puta!

No puedo dormir

Los uniformados se bajan y la rodean, que al verse acorralada rompe en llanto mientras grita entre lágrimas:

—¡Todos me molestan! ¡Quiero que me dejen tranquila! —toma aire en inspiraciones entrecortadas mientras se enrojece la cara y agrega con voz aguda y compungida —¡Por qué me joden a mí, loco!

Desde la misma dirección por donde llegó el patrullero aparece corriendo una mujer de treintipico de años, bajita, con el pelo lacio y negro subiendo y bajando al ritmo de los pasos, de bucito blanco con capucha y jean. Se acomoda los anteojos y el tapabocas cuando se para delante de los policías, enfrentándolos y dándole la espalda a la intrusa. Levanta las manos a la altura de su pecho con las palmas hacia adelante y les dice algo que no se llega a oír. Los canas retroceden unos metros en dirección a la calle. Por donde apareció la mujer viene un muchacho de edad similar en ropa deportiva, trotando, que pasa por al lado de los policías y se frena antes de llegar a donde está ella, que apoya una mano sobre el hombro de la piba que sigue llorando.
—Me están jodiendo todo el día, no se para qué me vienen a joder, ¡no estoy haciendo nada!— dice con la respiración agitada por el llanto.

La mujer acompaña a la intrusa a sentarse en el escaloncito de la entrada del edificio donde están sus cosas, se acuclilla al lado y la escucha, mientras le frota la espalda suavemente, consolándola. El muchacho que venía atrás se queda hablando con los policías.

Veinte minutos después llega una ambulancia. Bajan una enfermera y un enfermero de ambo azul. El segundo sostiene una planilla donde escribe mientras habla con los policías y con la mujer de anteojos. Luego se acercan a la piba, todavía sentada con los brazos cruzados rodeando las rodillas flexionadas cerca de su pecho, hecha bolita.
—No quiero a ningún chabón— dice.
El enfermero retrocede hacia la ambulancia, la enfermera se inclina levemente hacia adelante y le pregunta cómo está.
—Tengo algo acá, no sé, me siento mal —dice tocándose la cabeza por detrás de la oreja.

La mujer de anteojos, que estaba hablando con los policías, se aproxima y le dice algo, su voz es suave y no se llegan a distinguir las palabras desde la altura.
—No voy a ir a ningún lado, son todos chabones... ¡es horrible eso!— exclama la intrusa. Sin embargo accede a entrar en la ambulancia luego de ponerse un barbijo blanco, acompañada por la enfermera, pero vuelve a salir unos minutos después, y va a sentarse a su rincón. Los policías, que están apoyados contra un costado del patrullero de brazos cruzados, del lado de la calle, se suben al vehículo y se retiran, seguidos por la ambulancia.

La mujer de anteojos, mientras habla con la intrusa en voz baja –ya no se escucha a ninguna de las dos–, acomoda la manta de lana que la otra usa de colchón, toma el abrigo viejo que tiene de frazada y, una vez acostada la piba boca arriba, la tapa hasta el cuello. Su compañero, el muchacho de ropa deportiva, se había ido por un momento y vuelve ahora con un galgo gris que lleva con correa; se sienta en la vereda, un poco más alejado, con las piernas cruzadas mientras acaricia al perro. La de anteojos se levanta, cruza la calle caminando apresuradamente y se pierde de vista. Regresa unos minutos

después llevando un vaso con agua. Se vuelve a sentar al costado de la intrusa y se lo ofrece junto con una pastilla. Se incorpora, se mete la pastilla en la boca, toma el vaso de agua y se vuelve a acostar. La otra le apoya una mano sobre la frente. Se quedan los tres en silencio durante un rato. La intrusa está finalmente dormida. La pareja y el perro cruzan la calle y se alejan de la escena a las dos y media de la mañana. Se escucha una persiana que se cierra, las hojas que mueve el viento, y el motor de alguna moto lejana.

RECUERDOS DE LA VIDA OBRERA

Por Elías Dimilito

Cae la tarde en el primer cordón de Buenos Aires. Las y los trabajadores vuelven a sus casas después de una jornada llena de explotación laboral. En la calle se escucha la chica de la boutique en versión cumbia e interpretada por los Márquez. La música a todo volumen viene desde un parlante gigante de un Peugeot 207 color rubí, que está mal estacionado en la esquina de Las Heras y Constituyentes. Las ojotas y shorts son tendencia entre los vecinos que pasan caminando al ritmo de la cumbia. Los carreros vuelven a sus casas haciendo chistes, tomando cerveza, saludando y vitoreando el regreso al barrio. El humo de la parrilla se mezcla con el olor del contenedor de residuos. Los perros callejeros ladran y persiguen a las motos hasta la otra esquina, marcan su territorio y comen de las bolsas de basura caídas en el suelo. Las F-100 tocan bocina al pasar, por si sus frenos fallan. Algunos fleteros paran en el chino a comprar y seguir camino. Los barbijos se ven dentro de los comercios y en las alcantarillas de las calles, el alcohol en gel es reemplazado por el alcohol de las bebidas que se comparten a diario entre pares.

Desde la avenida un obrero camina sobre la vereda gris y rota del lugar. Lleva un buzo con la inscripción de *Georgalos*. Un silbido en clave de complicidad, viaja de una esquina a la otra, acompañado de una frase que lo hace detener su marcha, ordenando las prioridades de la tarde: *Arrancate ese compa*. Al oírlo el trabajador responde con otro silbido. Se detiene en la esquina y comienza a juntar sus manos, frotando los dedos contra una de sus palmas. Llega una mujer en moto, es la autora del silbido, al sacarse el casco lo primero que se ve son sus rastas colgando hasta la cintura. De su bolsillo saca una seda y se la da a su compañero que la estaba esperando con el porro ya picado.

Las personas del barrio son todas de clase trabajadora. Venden su fuerza de trabajo en los chinos, fábricas u obras. Salen muy temprano con sus bolsos, visten pantalones azules o negros y zapatos de trabajo. Vuelven al caer la tarde, bañados y perfumados. Algunos aprovechan las "ventajas" de vivir en una fábrica abandonada y reacondicionada para la organización y alojamiento de centenares de familias. Dentro de las viejas y húmedas paredes, que revisten la antigua fábrica hoy llamada La villita, construyeron sus casas y locales.

Los comercios están uno al lado del otro, la mayoría son almacenes todo terreno, atienden del lado interno de la fábrica y a la vereda. Abren hasta 23:30 hs desafiando todo confinamiento pandémico. Tiene rejas para mayor seguridad y portones de chapa corredizos, para que no se vea nada del lado interno. Las familias que atienden están sentadas en la vereda formando un pasillo entre sus sillas de caño y las estructuras de hierro que sostienen los cajones con fruta y verdura. Comparten mate y tereré. Conversan en guaraní mientras atienden a sus clientes.

Las mujeres, desempleadas, crían a los niños de las familias. Están confinadas al sometimiento doméstico; de la plaza o del colegio, cargando las mochilas y las bolsas de las compras. Las y los niños corren por la esquina, andan en grupos según sus

edades, comparten memes en sus redes sociales mientras charlan y escuchan música de reggaeton. Otros van en bici o corren de una vereda a la otra haciendo bromas y riendo entre ellos.

A quince metros de la esquina un Fiat Siena con vidrios polarizados frena. Tiene las balizas puestas. Las luces resaltan la trompa plateada del coche y su patente doble AA. Desde adentro el conductor mira hacia los lados, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, golpea sus dedos contra el volante mientras acomodaba su espejo retrovisor con la otra mano. Es un chofer de pasajeros, quizá de alguna de las aplicaciones más globalizadas del planeta. Harto de esperar saca su celular para rastrear a su cliente. Automáticamente un adolescente con campera negra se acerca haciendo señas con las manos. El conductor baja el vidrio hasta la mitad dejando ver la pantalla de su teléfono. Charlan dos minutos y ¡pum!, el joven mete su mano dentro del habitáculo y sale corriendo como una rata por tirante. Cruza la avenida, que está muy transitada, esquivando autos, colectivos y camiones. Al llegar del otro lado se pierde entre los pasillos estrechos y oscuros del barrio vecino.

El conductor baja del auto, de sus ojos salen lágrimas que al caer se convierten en vapor. Con el puño cerrado golpea el techo de su coche mientras grita:
—¡Hijo de puta! ¿Y ahora con qué laburo? ¡La puta madre! ¡No, no me la contes!
—Calmate, pa, ya fue tu teléfono. Acá no tenés que venir a levantar pasajeros, te regalaste. Por suerte no te pasó nada —le explica un vecino que está apoyado sobre la pared sin revocar de una de las casas de la villita, mientras sostiene un bebé y una lata de birra.

El damnificado no le responde. Se queda mirando hacia el otro lado de la avenida con el ceño fruncido, lleva la mano a la boca cada cinco segundos, fumando como si su estado de ánimo dependiera de ello. Sus pelos estaban revueltos de ira.

El tiempo parece detenido. La música, imperceptible. Los perros ladrando parecen tener el mute prendido. Una mujer joven de pelo rojo alerta sobre la situación. Los vecinos sueltan puteadas sobre lo ocurrido, a la vez que hacen sus tareas:

—Parece que al chico le robaron el celular, una lástima que pasen estas cosas delante de todos, encima de día, ya bastante aguantamos que salgan a rastrear cuando dormimos. Pero viste como es esto, ¿no? Todo negocio, la gorra mira para otro lado, no aparecen por un tiempo, dejan la zona libre y se llevan la suya.

—¡Y qué querés! Con todos las transas que hay dando vueltas: la merluza, el escabio, la joda... Esto así no va más, la sociedad está perdida, querida.

Seguían hablando dos ancianos que salían del chino con una bolsa de pan y una botella de Michel Torino. En ese instante se acerca Don Julio con su delantal rojo y un cigarrillo detrás de la oreja, apoya su mano en el hombro del chofer y le dice:

—El que te choreó ya cambió tu celu amigo. Acá los pibes están perdidos con las drogas ¿viste? Tienen al transa cruzando la avenida, en el pasillo que está allá ¿vez? ¡Mira toda esa gente que está ahí enfrente! Están en la dulce espera para comprar falopa. Si vas

te van a robar todo, porque te ven que no conoces y se aprovechan —dice y señala un grupo de cinco personas que estaban sentadas en unos mini escalones cruzando la avenida.

El conductor aprueba las palabras del verdulero asintiendo con la cabeza. Sus hombros parecen estar por el suelo; su mirada más abajo que el asfalto de la calle. Tiró el cigarrillo y sube al auto sin emitir sonido. Sale arando, en sentido a General Paz, dejando olor a caucho en toda la cuadra. Se va con las balizas prendidas y el motor tan enroscado como él.

Mientras tanto las parrillas siguen prendidas y la música no para de sonar. Otros trabajadores fuman, otros perros ladran. Todo sigue su curso normal. Una vez más la esquina, situada en el límite de los partidos de Vicente López y San Martín, es protagonista y genera sentimientos encontrados entre los habitantes y transeúntes de la zona. Una zona que es controlada por narcotraficantes que se meten en las villas miseria para enriquecerse a costa de los desposeídos.

ETNO-DERIVAS DEL BARRIO INDEPENDENCIA

Por Mariana Alejandra Araujo

"La guerra podía ser absurda o equivocada,
pero el pelotón al que uno pertenecía era algo absoluto".
Ernesto Sabato, *Sobre Héroes y Tumbas*

Entrada al barrio Independencia de José León Suárez; frío de otoño, paredes con grafitis que se caen a pedazos sobre las paredes de un parque industrial y pinos añejos al costado de la parroquia Inmaculada Concepción.

Se puede ver un rostro, que es un rostro porque entró en contacto con otros rostros; un rostro sin barbijo, lleno de surcos de balazos y el sol entrando por todos esos agujeros. Un rostro frente a otros rostros igual de descubiertos, sin esa pieza de ingeniería del CONICET con iones que desactiva el coronavirus.

En tiempos de aislamiento y movilidad vigilada, entrada al barrio por calle Santa Brígida. La calle con pasillos más estrechos y zapatillas colgadas de los cables de luz; turba de dealers y pibes buscando saques cerca de un altar del Gauchito Gil. La calle donde salen diez perros en jauría, furiosos y desencajados a morder al caballito que lleva un carro atado a su vida. Pero también la calle, donde podes ver sonrisas amables, llenas de vigor y encontrar ahí el pensamiento vivo de San Juan de la Cruz.

El barrio puede ser entendido como un espacio con sus propias reglas: "La vida en un mundo aparte o así se vive apartado del mundo", diría Camilo Blajaquis. Lxs cuerpxs circulan libremente y la policía no está para cuidarte. El cielo con nubes. Hay animales dispersos: caballos pastando en la vereda y pollitos picoteando del borde de la zanja. Algunas casas se levantan con la esperanza de un revoque que nunca llega al fin y casi siempre está pintado con cal. Las calles sin cartel. Peatones circulan de maneras poco convencionales; algunos caminan pacientemente por la calle, otrxs por la vereda. Los autos en contramano, que se guían por la costumbre y el circular cotidiano. Podes ver perros sarnosos y famélicos buscando comida en bolsas de basura, pájaros que huyen para no ser acribillados por niños con gomeras. El churrero con la misma energía de siempre, sopla fuerte su viejo silbato vencido. En tiempos de pandemia, insólitamente nadie usa barbijo. Usar barbijo cuando vas al almacencito, equivale a que un niño terrapalanista de diez años te pregunte:
— ¿Por qué lo usas, si estamos en el barrio?

La calle

El recorrido es de unas veinte cuadras a pata. Al doblar en la esquina de Padre Carlos Mugica y Santa Brígida, tapada de autos incendiados, esta Doña Mari que tiende la ropa y habla con otra vecina de las fiestas clandestinas en casa de Doña Marta. De los gritos, los cantos, y la cumbia a todo ritmo. Que a raíz de esas reuniones, Marta y su hermana Gladys, ambas grupo de riesgo por la edad, fallecieron por Covid. De lo impresionante que fue ver salir a Marta junto a dos enfermeros al "aeropuerto de la muerte":

—¡Parecía un cadáver estropeado! —exclamó brutalmente doña Mari.

Después, la muerte pasó como una señal sorda. Aún en el hacinamiento, entre cinco perros, dos gatos, un pato y cuatro grupos familiares conviviendo en un espacio pequeño, nunca entendieron la categoría del "infectado".

Más adelante sobre la misma calle, un paredón pintado de negro, un portón abollado y un mirador. Todo recuerda al escenario de los fusilamientos de José León Suárez. Sale un yuta con una Ithaca 37 y se para montando guardia. Pasa un vecino y comenta ofuscado:
— ¡Estos tipos están pintados!

Se refiere a que solo se los ve salir si están muy aburridos o porque salen a joder a los pibes que fuman un porro en la esquina o estan con hambre y van a comprar sándwiches y cono de papas a un localcito que les queda a media cuadra. Ignoran lo que pasa en el barrio, ignoran lo que pasa en la esquina siguiente.
En la otra esquina, un grupo de pibes armaron un partidito en la cancha de polvo y arcos de fierros. La canchita tiene un cartel pintado a mano donde se lee "Club barrial La Laguna". Antes de la pandemia ese pedazo de tierra era una laguna, pero también una quema. Ahora es un polo industrial, y a los pibes solo les quedó ese pedazo de triunfo urbano. La pobreza es triste, se la percibe así, dibujando la intemperie quebrada de todas esas almas que habitan este lugar. A la vez, también es juego, es grito de goles y fortaleza. Hoy juegan "Los Paraguayos contra Los Ciruja del Ceamse". Alrededor de ese partido, en ese campito hay más de cincuenta personas sin barbijo. Comparten una Brahma, toman del pico y fuman del mismo porro. El partido se tensiona, es difícil para ambos contrincantes perder la apuesta de cinco cajones de cerveza. De repente dos pibes se escupen en la cara. Las trompadas y tiros no tardan en llegar. Y claro, estas no eran las piñas que se pueden ver en TV, donde Arnold Schwarseneger reparte unas piñas a unos agente de la KGB, que trataban de robarle unas rosquillas. Estás son piñas a mano limpia y sin precisión, a lo guachazo, dirían los pibes. Todos corren agitados, mientras se ve al Yoni, el arquero tirado y sus botines empolvados de tierra llenos de sangre. Perdieron cinco a dos.

El bondi

Bordeando la esquina de Diagonal B, pasa el 670 cartel naranja/ Barrio Independencia. Es el bondi que circula hace unos ocho años, desde que la villa se volvió un lugar conocido para la clase política. El bondi pega una vuelta de unas veinte cuadras y vuelve a la estación de José León Suárez. El chofer tiene la cara descubierta, un film sucio y una cinta de seguridad sobre su asiento. Solo hay tres personas sentadas; uno tiene el barbijo de River por debajo de la nariz y los ojos hiperventilados por las ventanas abiertas. La otra se la ve inspeccionando el lunar peludo de una anciana, que luego se levanta para bajar.

El bondi, empapelado por carteles, pero los ojos que pasan por ellos parecen ser una metáfora oscura de lo que ven. Las recomendaciones están resaltadas en grandes cuadros y en negrita. Pero lxs pasajerxs las ignoran:

• Usar barbijo casero o tapaboca.
• Al quitarse el barbijo o tapaboca, evitar el contacto de la parte interior con cualquier tipo de superficie y con otra parte del rostro de la cara que haya sido expuesta.
• Estornudar en el pliegue del codo.
• Mantener la distancia con otros pasajeros.
• Respetar el distanciamiento dentro del transporte.
• En colectivo, ascender por la puerta posterior.
• No sentarse en la primera fila de asientos de colectivo.
• Respetar el aislamiento del conductor de colectivo.
• Siempre lavarse las manos, con alcohol en gel o agua y jabón.
• Si se puede, evitar usar el transporte público: usar el automóvil, la bicicleta o la moto.
• Recordar que solo pueden circular con permiso quienes están exceptuados de cumplir el aislamiento obligatorio.

Ese pelotón del que habla Sábato se parece mucho a las personas de este tipo de barrios populares. Al entrar al barrio, se pueden ver personas que hacen de su barrio un lugar de resistencia frente al desastre.

¿DÓNDE ESTÁN LAS CORREAS?

Por Federico Duarte

En pantuflas y jogging negro, con una polera de lana roja y el pelo castaño claro suelto por los hombros, la señora abrió la puerta del comedor y salió al jardín delantero. Caminó hasta la reja roja que divide al jardín de la calle y controló que la otra puerta, la que da a la calle, estuviese cerrada con llave. Al lado, el perro: negro y alto, movíala cola. La mujer agarró la regadera y se dirigió a la canilla que está en la pared. La entrada del comedor quedó abierta, la televisión prendida, se escuchaba el noticiero.
—Son las veinte en punto, a partir de este momento entra en vigor el Decreto de Necesidad y Urgencia firmado por el presidente Alberto Fernández. Ya no se puede circular en la ciudad hasta las seis de la mañana. Mostremos las calles de la ciudad en este momento.

La señora se quedó observando detenidamente cómo enfrente, en diagonal a la casa, estacionaba un auto rojo con vidrios polarizados. De repente vio una persona que se deslizaba por el asiento de atrás y abría la puerta del otro lado. Era Zaida, la vecina de enfrente, que bajaba del auto con varios bolsos en la mano.
La señora cargó la regadera con la canilla del jardín. Esperó a que Zaida cerrara la puerta del coche. Con la regadera llena se acercó a la reja.
—¡¡¡Zaida!!! Discúlpame —gritó la mujer con la regadera en mano. Alzando la voz preguntó—: ¿Cómo está Héctor?
—Hola, Mirta. Bien, mejor. Mañana si todo está bien le sacan el respirador para ver si puede saturar mejor. Y, si eso funciona, la semana que viene lo pasan a sala común —contestó Zaida desde la vereda de enfrente, agitada, mientras se bajaba el barbijo para que Mirta la escuchara mejor— Ya no tiene fiebre.
—Me alegro, mandale saludos. Este bicho es tremendo y ahora está peor que nunca.
—Gracias, Mirta, le digo. Sí —asintió Zaida— hay que cuidarse más que nunca.
Todas las mañanas que viviiii, sonaba el teléfono celular de Zaida.
—Perdóname, Mirta. Es mamá, después seguimos —le dijo Zaida mientras dejaba uno de los bolsos en el piso para atender la llamada.

Zaida hablaba por teléfono mientras caminaba despacio hacia la puerta de su casa. Un ruido fuerte de motor la interrumpió. Zaida frenó y giró la cabeza y cuando vio que una moto seguía de largo retomó su caminar cansino hacia la puerta. El perro de Mirta ladró fuerte. Corría de una punta a la otra del jardín, perpendicular a la reja mientras giraba sobre su propio eje.

Cuando el ruido del motor de la moto terminó, el perro, pegado a Mirta, seguía moviendo la cola, no se alejaba de ella en ningún momento. Mirta movió la cabeza, se separó de la reja donde se había apoyado para saludar a su vecina y empezó a regar las plantas. En la puerta, mientras buscaba la llave en la cartera y sostenía el celular con el hombro, a Zaida se le cayó uno de los bolsos. El auto rojo, que la había traído, esperó a que entre a la casa para acelerar e irse.

Desde el jardín se seguían escuchando voces, venían del televisor. El volumen estaba alto. Mientras en el noticiero se anunciaba la prohibición de circulación, la cuadra de

Mirta era un desfile de personas: pasaban dos señoras que volvían con sus changuitos del supermercado, al tiempo que dos adolescentes sentados en la vereda de otra casa escuchaban música del estéreo de un auto estacionado.

Javier, que vive al lado de Mirta, también salió a la vereda. Sin remera, con unos pantalones cortos que se le caían y un cigarrillo recién prendido la saludó levantando la mano libre. Después, pegó un grito:
—¡¡¡Dale cheee. Sigan boludeando en la calle que así no se va más el virus y nos tienen encerrados más tiempo!!!
Los dos chicos que escuchaban música miraron, pero se desentendieron de la situación y siguieron hablando.
—¡Sí, a ustedes dos les estoy hablando! —volvió a gritar Javier—. No se hagan los boludos. No escuchan las noticias ¿No? ¡No se puede estar en la calle, andá a tu casa, pibe!

Mirta seguía regando su jardín repleto de plantas. Entre ellas, un malvón, azucenas, alegrías del hogar, rosales, una suculenta, un ficus recién plantado que está a la sombra en una huerta. En una punta varios cactus en macetitas chiquitas apoyadas en una mesa celeste. El perro ladró al escuchar los gritos. Se sumaron al coro más ladridos de otros perros cercanos, uno de ellos venía del ovejero alemán de Javier.
—No te van a dar bolilla Javi —dijo Mirta riéndose.
Javier le dio una pitada al cigarrillo. Se apoyó en la reja roja.
—Mmm, ya sé. ¿Pero a vos te parece? Por estos pendejos irresponsables, los contagios siguen, los hospitales se desbordan. Escuché en el noticiero que quedan pocas camas de terapia intensiva. No nos van a dejar salir más. La Caro está recaliente porque tiene que cerrar la pizzería a las siete. ¿Quién te compra una pizza a la seis de la tarde?
—Tsss —mofó Javier— ¡Callateeee che! —retó al perro que seguía ladrando. Encima ahora, que suspendieron los colegios, el Boris y el Joaquín tienen que hacer las clases por ese zoom y yo no entiendo nada. La Caro anda bajoneada. No sé qué vamos a hacer.
—Me imagino, lo de los chicos y las clases virtuales es un tema. No todos se adaptan enseguida. Lo que pasa es que el padre de ése —dijo Mirta mientras señalaba a uno de los chicos— está metido en la municipalidad. Nadie les dice nada, ya hizo varias clandestinas.
—Es una joda Mirta —dijo Javier y se volvió a mofar—. ¿Te dijo Zaida cómo está Héctor?
—Sí. Justo hace unos minutos la dejó el remis. Se ve que venía de la clínica. Mañana van a probar sacarle el respirador, no tiene fiebre. Y la semana que viene le dan el alta a lo mejor.

De repente, la música que escuchaban los dos adolescentes se apagó. El chico alto, que tenía puesta una campera de Chacarita, se subió al auto, lo encendió y arrancó. El otro agarró la llave, el paquete de cigarrillos y el celular que estaban tirados en la vereda. Se paró, estiró el brazo para saludar al amigo que se fue y se metió adentro de la casa. Se escuchó un ruido de llave y Zaida volvió a salir, esta vez con dos bolsas verdes de basura. Las dejó en el canasto que tiene en el cordón de su vereda y miró al cielo antes de volver para adentro.

De a poco la calle se fue quedando en silencio, lentamente todo se fue apagando, ya no quedaba gente en la calle ni pasaban autos. En la televisión de Mirta seguía mirando el noticiero, los conductores hablaban de la cuarentena y los números de contagios de coronavirus del día. Javier continuaba quejándose de los adolescentes que no hacen caso a las restricciones. Mirta trataba de calmarlo explicándole que todo es muy injusto, que si tenés un conocido o plata podés hacer lo que quieras. A Javier le preocupaba la Caro y lo triste que estaba por que seguramente perdería plata con la pizzería, iba y venía de la reja al cordón de la vereda a tirar la ceniza del cigarrillo.

El labrador de Mirta seguía moviendo la cola, como si esperase que algo suceda. Miraba a su dueña, y al mismo tiempo la puerta de la reja que da a la calle. En un momento, cansado de sentirse ignorado, se acostó en la pequeña porción de pasto libre del jardín. De repente, se levantó de golpe y fue hasta la reja. Se paró en dos patas, ladró y empezó a mover la cola. Javier fue hasta el cordón, dio una última pitada al cigarrillo y mientras exhalaba el humo, con los dedos mayor y pulgar revoleó la colilla. Saludó a Mirta y mientras refunfuñaba en voz baja volvió para su casa a callar a su perro que ladraba sin parar.

Ya eran las 20:30. Con las balizas puestas, el camión de la basura frenó en la puerta de la casa de rejas rojas. Sonó intermitente. Se escuchaba como una chicharra. Bajó un chico joven con gorra negra y visera para atrás y otro alto con la remera sin mangas.
—¿Cómo anda, Doña?
—Todo bien —contestó Mirta de espaldas a la calle. Sin mirar, en punta de pie, regaba el potus de la maceta colgada en la pared.

Los basureros recogieron las dos bolsas que había dejado Zaida y el de la gorra se cruzó para agarrar otras bolsas que estaban en la cuadra, incluso una del canasto de Mirta. El camión empezó a avanzar lentamente y los basureros corrían con las bolsas en la mano mientras las revoleaban a la parte de atrás del camión.
—¡Hasta mañana, Señora! —gritó uno de los basureros, colgado del camión con una mano y saludando con la otra.
—Hasta mañana —respondió Mirta—. Cuídense, eh.

El labrador negro empezó a ladrar más fuerte. La dueña lo acarició, le dijo algunas palabras en voz baja para calmarlo y entró a la casa. Cerró la puerta. La televisión se escuchaba más bajo.

A los pocos minutos, Mirta salió de nuevo y dejó un plato con comida y otro con agua.
—Basta, Negro —lo retó al labrador con voz firme para que deje de ladrar.

El Negro se quedó quieto. Miraba fijo a Mirta. Mientras, se escuchaban a los otros perros de la cuadra, en particular al ovejero de la casa de al lado. Se echó al piso, pero inmediatamente se levantó y les ladró. Era hora de pasear, como todos los días, después de que Mirta regara las plantas y pase el camión de la basura. Pero ese día ya no se permitía la circulación de la gente en las calles después de las veinte horas.

ENCUENTROS CERCANOS DEL TERCER TIPO

Por Estefanía Duarte

Necochea, entre Boulogne Sur Mer y Pasaje Fernández, es una calle con poco tránsito de autos y circulación de peatones. Las veredas, con sus tilos altos y frondosos, invitan a ser caminadas. Las baldosas están gastadas y viejas, hay pocos automóviles estacionados. En este último tiempo, por la menor circulación de autos, motocicletas y peatones, la calma fue mayor.

La tarde del sábado estaba soleada, pero fresca. El sol caía pasadas las seis de la tarde, cuando una chica alta y morocha, de unos treinta y pico de años, de piernas largas y pelo hasta la cintura, caminaba por la vereda de Necochea, en dirección a la esquina de Boulogne Sur Mer. Con el andar apurado, saludaba a los vecinos levantando las cejas y la cabeza. Repetía esta acción, como si no llevara mucho tiempo viviendo en el barrio. En el mismo momento, un hombre de unos cincuenta años, canoso y delgado, caminaba también por Necochea, pero en dirección a la otra esquina, donde estaba el Pasaje Fernández. La lógica de sus direcciones al caminar, indicaba que en algún punto de la cuadra se cruzarían.

Mientras que la chica tenía un paso enérgico y decidido, el hombre andaba más pausado y sereno, como dejándose llevar por el destino o el azar. Además, su vestimenta acompañaba esa actitud: jogging, buzo y pantuflas, sumado al saludo a los vecinos. El contacto con cada uno de ellos era atento, los llamaba por su nombre, mandaba cariños a la familia e incluso al hablar se le achinaban los ojos, tanto que casi dejaban ver la sonrisa afectuosa por debajo del tapabocas.

Los dos iban con sus mascotas, que caminaban al mismo paso que sus dueños. Dos perros con correa, collar y chapita en el cuello. El perro de la morocha era callejero. Bajito —no como su dueña—, y morrudo, pelo corto con varios colores mezclados. Se podía ver a simple vista el negro y marrón en su lomo, con el pecho y patitas de color blanco. Caminaba como su dueña, enérgico y decidido, conocedor de la calle y el barrio, con la seguridad de saber qué árbol lo esperaba a la vuelta de la esquina. Cuando algo le llamaba la atención, como un movimiento en la reja de alguna casa o alguna ventana que se abría repentinamente, se ponía en posición de alerta. Con el hocico y la postura indicaba lo que estaba mirando. Con la patita delantera derecha semi levantada formaba un ángulo de noventa grados, quedaba quieto como una estatua.

El perro del señor canoso era un Golden Retriever dorado. Tenía sus años, caminaba pausado, tranquilo y sin prisa. El pelaje largo no dejaba ver su torso, pero sí la parte baja de sus patas. Daba pasos que acompañaban el ritmo de su dueño. Frenaba para olfatear las baldosas y también para levantar la mirada. La mascota movía la cola amistosamente cuando su humano saludaba a algún vecino. Sentía la calle de una manera particular, moviendo la nariz de un lado al otro, mientras sus fosas nasales se dilataban y contraían rápidamente, como buscando algún aroma en el aire. Bastaba un leve tirón de la correa o simplemente ver cómo su compañero retomaba el paso, para continuar con el paseo.

Ninguno de los dueños se había percatado de la presencia del otro en la vereda de enfrente, porque aún los separaba una distancia considerable, y estaban concentrados en el paso a paso. Cuando el hombre canoso y la morocha se encontraron en un cruce de miradas, en micro segundos analizaron la situación futura. La atmósfera calma de la cuadra cambió, desencadenada por la presión de tener que resolver en los escasos metros que los distanciaban, el encuentro de sus animales.

El intercambio de miradas se sostuvo brevemente, como si quisieran descifrar el comportamiento del perro ajeno. La postura de sus cuerpos comenzó a cambiar a medida que se acercaban. Pero no solo cambió la posición corporal de los humanos, sino que esta fue el resultado del cambio de actitud de sus mascotas, cuando se percibieron. El perro de la morocha fue el primero que captó la presencia del Golden Retriever, que lo miró. Tiró de la correa impulsándose hacia adelante y haciendo equilibrio solo con sus patas traseras, mientras forcejeaba con el cuello y el peso de su cuerpo morrudo en un intento de avanzar más rápido. La morocha cambió el peso de su cuerpo, inclinándose hacia atrás sosteniendo la correa y haciendo mayor presión con sus manos, para contener los tirones espasmódicos de su perro, que la desestabilizaban. El señor canoso no modificó su andar y solo se detuvo a observar a su perro, que no se percató de la presencia de otro animal y continuó ensimismado en el olisqueo de las puertas de las casas. Pero algo sí había cambiado: que cada dos o tres pasos que daba levantaba su mirada para ver los movimientos del perro y la chica, que venían hacia ellos. La distancia se acortaba. Ahora los separaban unos treinta metros.

La morocha subía y bajaba la mirada, analizaba de manera constante lo que hacía su perro y los metros que faltaban para el encuentro entre los caninos. Mientras, movía los ojos hacia los costados, vislumbraba la posibilidad de cruzar la calle hacia la vereda de enfrente. El animal jadeaba sin control, con casi toda la lengua fuera de la boca y con los ojos desorbitados porque, al hacer el movimiento, se ahorcaba con el collar. La dueña alternaba entre pasarse la mano por la frente —secándose el sudor con el puño de su sweater marrón—, y sostener la correa: la pasaba de la mano derecha a la izquierda, para poder descansar de los tirones que daba su perro.

El dueño del Golden mantenía su paso lento, mientras miraba de reojo a la chica y su can. Acortó la distancia entre su mano y la mascota, recogiendo algo de correa para tener mayor dominio; o tal vez para alejarlo más de lo que presagiaba sería un encuentro poco feliz. Su perro mientras tanto, continuaba con la inspección de la vereda, flores, pastitos y todo lo que su hocico encontraba al paso. Y es que el Golden Retriever aún no había levantado la cabeza. El motivo principal de su paseo parecía ser el mismo que el de un perro sabueso: olisquear todo lo que encontrara a su paso. En este caso, parecía que cada cosa que captaba con sus sentidos le interesaba y que, en cada cantero con flores o pastito silvestre, encontraba una razón para hundir más y más su hocico. Cuando veía un arbusto tupido, metía no solo la trompa, sino también toda su cabeza para inspeccionar el interior, mientras abría y cerraba la boca como si masticara algo más que hojas verdes. Parecía disfrutar particularmente de ese momento, porque cuando decidía salir, lo hacía moviendo la cola mientras se sacudía rápidamente para sacarse de encima los restos de pastitos y hojas del pelaje dorado. Fue después de sacar

la cabeza de un arbusto particularmente grande, cuando se encontró por primera vez con que el otro perro lo miraba fijo. Tranquilo, movió la cola en señal amistosa con el desconocido, mientras continuaban acercándose. Los separaban unos veinte metros.

El perro de la chica, empezó a ladrar de manera desesperada mostrando los dientes, con gruñidos entrecortados y aullidos graves. Los tirones esporádicos de correa se hicieron constantes y más fuertes, por lo que su dueña no pudo resistirse e inclinó su cuerpo ahora hacia adelante, casi entregándose a la voluntad de su mascota mientras decía:
—Para Chango, shuuuuu. Tranquilo, paraaaa. No ves que no pue... para un poco, Chango, deja de hacer shuuuuuu fuer... shuuuuuu. Quieto, quietoooo ¡Quieto! Shuuuuuu.

Los escasos diez metros que los separaban, hicieron que los dueños se decidan a ocupar cada uno un lado de la vereda. Mientras que la morocha se inclinó hacia la izquierda, pegándose a la pared de las casas, el señor canoso optó por correrse hacia el lado de la calle, bien pegadito al cordón. De esta manera, podían separar un poco más a los animales.

La chica gritaba, pero por el tapabocas no se le entendía. Sus gritos no dejaban escuchar lo que decía el señor. Y eso que por la calle Necochea no pasaba ni un solo automóvil. El señor gesticulaba con su mano libre, con la palma abierta como saludando a media altura, tratando de transmitir calma. La chica no interpretaba el gesto y seguía con sus gritos, mientras el tironeo de su perro no aflojaba.

El momento del encuentro llegó: pese a los esfuerzos de la chica de contener a su mascota o de advertir al señor de que no podía controlarla. El callejero se abalanzó sobre el otro, pero no lo atacó, sino que lo llenó de lengüetazos desesperados, mientras lloriqueaba meneando el cuerpo de un lado al otro.. El Golden Retriever seguía moviendo la cola, mientras recibía con gusto el saludo de su nuevo perro-amigo. Sorprendida, la chica abrió los ojos y arqueó las cejas. Inmediatamente después, se relajó al saber que el encuentro no desencadenó en una pelea.

El señor suspiró aliviado, había estado tenso durante toda la cuadra. Y ahora, sus hombros se habían relajado, se inclinaron hacia abajo acompañados por sus brazos. Los dueños intercambiado miradas. Las risas no tardaron en llegar, ambos veían las muecas de alegría del otro detrás del tapabocas. En la cuadra se escucharon carcajadas que se sintieron como una descarga de tensión. Y así consumado el encuentro, cada uno siguió caminando en direcciones opuestas con su mascota al lado, dándose la espalda y alejándose por la calle Necochea.

UN PIBITO EN CUARENTENA

Por Leonardo Javier Giaimo

—¡Abue! Volvé pronto —grita, desde el tercer piso, el pibito. Apenas llega a la baranda, en puntas de pie se asoma por arriba del pasamano. Las últimas falanges de ocho pequeños dedos asoman del metal hacia la vereda. El resto de la baranda también es de hierro, unas varillas que alternadas con unos diez centímetros de aire entre sí y pintadas en negro, contrastan con el blanco del borde del balcón. El verdín parece fresco, aún está oscuro en la parte más pegada al canto. Cada vez que llueve se marca ese musgo, característico de las salientes. Con el calor del día se irá secando, pero aún trae el viento su aroma. Ese dejo a pasto húmedo que a primera nota en nariz se parece también a la combinación entre hojas mojadas y el aire al abrir de un viejo placard de madera. Al grito lo reproduce el eco. El paisaje porteño perdió el característico sonido del rugir de vehículos apremiados y el silencio habilitó el eco.

Cuatro hileras de dientes relucientes, las sonrisas parecen copiar la forma del balcón. De punta a punta en un rostro en desarrollo poblado de pecas, particularmente acumuladas en la nariz y los cachetes. Irrumpen la otra hilera dos pares de colmillos, todos relucientes también. El perro asoma el hocico para cuya forma parece estar ajustada la separación de la baranda. Al atravesar puede subir y bajar la trompa pero cabe tan justo que no puede rotar sobre su eje ni moverla de lado a lado. El ladrido también se escuchará multiplicado. Potenciado por otros ladridos, pero reales, no ecos. Llegan de distintas distancias y se las adivina por la intensidad del ladrido/eco pero especialmente por la atención de la mascota del pibito que vuelve a la baranda sólo ante alguno de ellos.

El departamento da a la calle y la terraza incluye dos laterales que están unidos por un balcón que mide unos cinco segundos: lo que les toma al pibito y su perro llegar a las corridas acompañando la dirección hacia el súper. Allí, suponemos, se dirige el abuelo ya que lleva una bolsita reutilizable bajo el brazo. ¿A dónde irían si no todas esas personas que pasan por aquí con sus bolsitas? Si sólo están habilitados los súper, las ferreterías y las farmacias.

Poco se demoran también les vecines en atravesar la cuadra de la Avenida Olazábal entre Miller y Álvarez Thomas, una cuadra corta de Villa Urquiza. Uno de los escasos sitios de la ciudad donde la Ley de Indias no lo ha cuadriculado todo cada aproximadamente cien metros. Es como habitar en el error de la regla.

La cuadra tiene un restaurante de sushi, su interior apenas iluminado con luces bajas con filamentos, en un tono casi dorado que baña los muros revestidos en porcelanato con relieves geométricos de color negro. Ahora hacen delivery y take away. Hay también una cafetería, sucursal de una cadena de delicias extranjeras, ofertan muffins, cookies y cakes. Ahora también ofrecen delivery y take away.

En el resto de la cuadra hay edificios de vivienda. Las aberturas, vidriadas y altas, permiten el ingreso a sus habitantes. La mayoría de estos salones de acceso no tienen

color. Son grises, blancos y negros, en materiales fríos al tacto: hormigón, mármol y espejo. Excepto el edificio del pibito que es el edificio más antiguo de la cuadra. En planta baja hay una farmacia con rejas al frente. Son de hierro pintadas en color beige y entre barrote y barrote dejan ver una publicidad, pegada al vidrio, con nebulizadores en oferta. También hay rejas al tono en los dos mostradores desde los que atienden al público. El mostrador es de madera, hasta el metro más o menos de altura, tiene pegadas publicidades de medicamentos: son antihistamínicos, antigripales y un suplemento multivitamínico con ginseng, guaraná y calcio que permitiría alcanzar la longeva edad de ciento dos años. Un fondo en colores vívidos, rojos y verdes, rodean a una mujer de unos veintipico años. Es rubia, de facciones angulosas y ojos claros. Desde el cartel, la modelo observa a quien ingresa con la cabeza inclinada hacia atrás, las aletas de la nariz elevadas y fruncidas, lo mismo el resto del rostro. La boca abierta descubriendo la hilera superior de la dentadura y el paladar. Un pañuelo tissue blanco en su mano completa la foto, a su lado la pregunta: ¿Sabés qué es la loratadina?

El acceso peatonal al edificio está dividido prácticamente al medio, mirando desde afuera —a ojímetro— habrá unos veinte centímetros a favor de la escalera, en desventaja de la rampa. A la derecha, en granito beige con vetas marrones como el resto del frente, una pendiente empinada con cintas antideslizantes —que supieron ser transparentes pero el tránsito de carritos del súper, niñeces que la confunden con tobogán y otros usos las han ido oscureciendo—. Una baranda de acero inoxidable, con pasamano en tubo redondo y balaustres del mismo material pero con otros diámetros y el mismo lustre opaco, divide los cinco escalones alternativos al acceso.

Quienes no ingresen al edificio y sigan en dirección hacia la cafetería con recetas del norte, luego de la farmacia, la escalera y la rampa pasarán delante de dos portones para vehículos, también en hierro, también pintados en color beige. Cada uno cuenta con la señalética que advierte que allí no se puede estacionar. Una E en mayúsculas y color negro, centrada en un borde redondo y rojo con un epígrafe que refuerza tácitamente el símbolo: “NO ESTACIONAR FRENTE AL PORTÓN”. Una tercera indicación sobre esta prohibición es la pintura amarilla en el borde del cordón de granito, cuya área rebajada habilita al rodado a superar los quince centímetros que separan el nivel de la vereda de la cuneta, triple advertencia mediante.

Esta complejidad de usos, cruces, avisos, direcciones y otros temas propios de la planta baja no parecen afectar al pibito en su terraza. Ahí vuelve, ahora disfrazado de superhéroe. Una máscara roja y azul con líneas negras y dos aberturas blancas estratégicamente ubicadas sobre cada ojo, coincide con una remera similar en la que al frente se observa una araña que cubre el esternón. Lo que no resuelve el outfit es una tela roja que, atada al cuello, cubre los hombros y gran parte de la espalda ¿Es que acaso Spiderman ahora usa capa?

Traje mediante y, aparentemente sin cuestionar la lógica del vestuario, sale el pibito a correr nuevamente seguido a escasos centímetros por su perro, devenido por momentos villano y de a ratos su sidekick pero siempre su cómplice.

El juego parece incluir varios elementos. Los más elaborados estarán compuestos por una serie de objetos apilados y ubicados en el borde del balcón, cerca de la terraza izquierda. Cada día varía el armado de esta especie de refugio, adoptando diversas formas según los elementos que lo componen. Una de las más desarrolladas fue la que resolvió nuestro superhéroe con una silla de madera de pino barnizada dispuesta con sus patas hacia arriba sobre una esfera de tela, símil cuero, formada de gajos cosidos en color tiza y rellena de algún material liviano que permite al pibito levantarla sobre su cabeza. También formaban parte de esta versión del refugio un triciclo metálico y colorado, una tabla de madera que atravesaba tanto el respaldo de la silla invertida como el espacio de la baranda del balcón, un cajón de verduras, algunas macetas plásticas y una banqueta, parecida a la silla en material y textura, pero apoyada sobre sus patas.

Mientras tanto, sobre la vereda de baldosones de cemento —piezas rectangulares que, producto de la sucesiva reposición por roturas, han ido quedando combinadas en diferentes tonos de gris sin un patrón que las alterne ordenadamente— transitan vecinxs con sus respectivas bolsitas reutilizables. El uso de la bolsas y los carteles del estacionamiento, podrían ser interpretados como advertencia: “Voy al súper, la ferretería o la farmacia”. Hay varios modos de advertir que alguien se dirige a los negocios que, bajo protocolo COVID en su Fase 1, han sido denominados “esenciales”, la bolsita es una.

Algunas personas la llevan tomándola con una mano, por lo general la izquierda. Agarrada por el asa, la bolsa acompaña el movimiento de las piernas. Es impulsada hacia adelante y hacia atrás con el mismo empuje que habilita el andar. Cuanto más llena está menos se balancea. En cambio cuando está vacía, interrumpida por el viento, viaja desacompasada del andar. Hay quienes cargan sus bolsas dobladas en cuatro partes, un verdadero origami que asoma del bolsillo cual pañuelo en la solapa de un traje. Adaptable a todas las anatomías, las bolsitas son llevadas bajo las axilas, apretadas en un esfuerzo compartido entre tríceps, bíceps y los laterales de las costillas superiores. Inclusive -aprovechando las propiedades de las tiras cosidas por uno y otro extremo a los laterales de las bolsas- son calzadas en los hombros, montadas en las clavículas.

Les vecines que no llevan una bolsa son acompañades por su sidekicks, como el pibito. Algunes han llegado a “pasear al perro” hasta cinco veces al día por nuestra corta vereda, en dirección del primer portón a la farmacia o, al volver, en dirección hacia el oscuro restorán de sushi.

El juego cómplice entre el superhéroe y su secuaz, se ve alterado por la presencia de un nuevo adulto en escena, su padre. El papá del pibito sería uno de esos que, a veces, bajan y salen a “pasear al perro”, dejándolo sólo para jugar. En los ratos de soledad el pibito repartía el tiempo entre armar un nuevo refugio y correr de punta a punta de la balcón terraza, como precalentando antes de una nueva aventura.

Para cuando se decretaba la Fase 2, el pibito cambió el traje de superhéroe por el de jugador de fútbol. Acompañado de la pelota reglamentaria, la desplazaba hacia un arco, evitando que su perro devenido contrincante, la capture con las extremidades o la boca.

Pasada la tercera fase de la cuarentena y, tomando como referencia la baranda, nuestro pibito superhéroe-futbolista había crecido unos centímetros. Aún no sobrepasaba la altura del enrejado. Las puntas de los pies no se estiraban tanto como antes para habilitarle a superar el pasamano y seguir a su abuelo con la mirada, cuando éste iba a al súper.

Sin embargo, hace días que no se asoma, ni arma refugios, ni corre como superhéroe o jugador de fútbol. Las cortinas de enrollar están cerradas. El pibito, su perro y su abuelo se deben haber mudado. Se habrán ido a otras terrazas.

Volvemos al protocolo COVID en su Fase 1. Ya sea paseando al perro o yendo al súper, la ferretería o la farmacia y sin importar cómo llevan la bolsita, quienes pasan por la vereda ignoran que el barrio ha perdido un superhéroe.

HISTORIAS DE VIAJE

Por Bethiana Da Silva Lima

Entre pavimento, luces intermitentes, bocinas y barullos constantes, que conviven en la atmósfera citadina, algo ha cambiado. La nostalgia del otoño con sus colores amarronados, el viento que adormece las manos y los rayos de sol colándose en las ventanillas del tren al atardecer, componen una fotografía digna de un videoclip. Es difícil recordar el momento exacto en el que el uso del barbijo dejó de parecernos algo peculiar. Antes, lo considerábamos algo ajeno que nada tenía que ver con nuestra vida cotidiana. Vemos barbijos de todo tipo: de distintos colores, texturas y estampas variadas —con imágenes de cuadros de fútbol, de artistas musicales o frases—. Los cambios fueron tan rotundos, que en un lapso breve de tiempo nos adaptamos, asimilamos comportamientos y protocolos. El barbijo, prenda obligatoria para desplazarnos en el transporte, además de cubrir parte de nuestros rostros, parece revelar otros aspectos más difíciles de observar a simple vista.

El tren comienza a frenar lentamente, suena la chicharra y se abren las puertas. Se oye a alguien decir que estamos en la estación San Martín. Los pasajeros descienden. Antes de arrancar otra vez, sube una pareja de ancianos. Ambos pasan entre la gente, lentamente y con dificultad, hasta que logran acomodarse. Permanecen a unos pocos metros de distancia entre sí. Curiosa e inquietante imagen para el resto de los pasajeros: el caballero se sienta junto a la ventana, lleva un sobretodo escocés de unos cuantos años de uso y una boina de lana que deja las orejas, pálidas por el frío, al descubierto. Hace muecas y ademanes. Intercambia gestos con su compañera, quien lo observa atenta a través de sus lentes empañados. De repente la paciencia del hombre parece agotarse y comete algo que en estas circunstancias puede resultar un riesgo: con sus manos imprecisas baja lentamente su barbijo e intenta decir algo, le salen algunas palabras inentendibles. Mientras, su compañera busca dentro de una bolsa llena de papeles un pañuelo de seda y con las manos desempaña los cristales. Tironea del barbijo hasta que queda debajo del mentón. Comenta algo en voz alta. Los pasajeros nos damos cuenta de toda la secuencia: el acompañante de la señora es sordo y el cubrebocas no le permite comunicarse. Las miradas de los pasajerxs, que hasta hace poco permanecían expectantes, muestran desinterés y vuelven a escabullirse en el paisaje.

Una mujer camina por el pasillo del tren hasta que logra ubicarse en un rincón casi vacío. Se queda parada, tratando de no tocar los pasamanos ni cualquier otro objeto que alguien pueda haber tocado antes. Tiene el rostro blindado por una máscara de acrílico y abajo la cubre un barbijo quirúrgico. A pesar de todos los artilugios, sus ojos inquietan, transmiten cierta incomodidad. Las manos, cubiertas por guantes de látex blancos, cargan con varias bolsas de compras. En una de ellas, la mujer sostiene un atomizador con alcohol. Mira por todos lados, parece aturdida.

Unos niños de edad escolar, ambos con ropas desalineadas y zapatillas gastadas, deambulan de vagón en vagón pidiendo ayuda. Se acercan hacia la mujer, quien al verlos sin barbijos y con sus caritas llenas de polvo se paraliza. La mujer se queda atónita, solo los mira y sale apabullada hacia la otra punta del tren.

Próxima a la puerta, una embarazada intenta, entre sanitizantes, papeles y barbijos, mantener el equilibrio. Entra al vagón con un cochecito robusto, una mochila impermeable muy grande y otra muy pequeña con mariposas y brillos. Tarda en acomodarse, pero logra sentarse en el primer asiento próximo a la puerta. En el cochecito está su pequeña, que tiene las piernitas cubiertas por una manta que imita la lana de cordero. La pequeña, de ojos verdes grandes y sonrisa picarona —la única visible en todo el vagón— , mira con inocencia y asombro. Su cabellera, repleta de pequeños rizos castaños, roba las miradas de lxs pasajeros. La mujer limpia con alcohol las pequeñas manos de la niña, que desea tocar todo lo que está al alcance. Pero su tutora se lo prohíbe:

—¡Julia, basta! —la reta una y otra vez la mujer— ya te dije que está todo lleno de gérmenes. Es peligroso, no toques más nada.

La niña la mira, y balancea su índice de lado a lado, y reafirma que aquello que hacía “no se hace”.

Escuela IDAES
UNSAM